

pero ya revolotea

(Respondiendo á la intencion de ambos.)
alrededor de una luz.

**Ayer niña y hoy mujer,
qué sentimientos extraños
inundan todo mi ser!**

**Cuántas cosas, cuántos años
han pasado desde ayer!**

**Tal vez habrá quien me riña
diciéndome que aún soy niña
para tan sérios cuidados,**

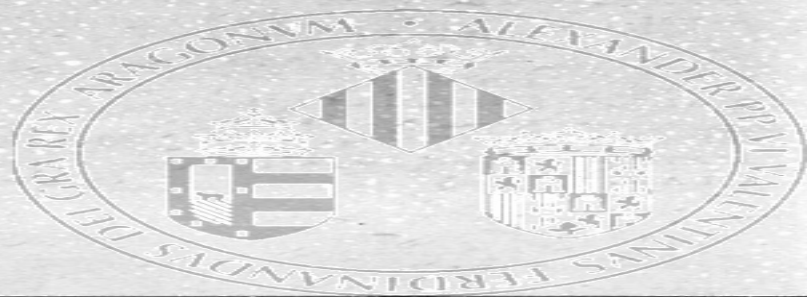
**y que me entré por la viña
con los ojitos cerrados:**

**pero sin duda también
hay quien me disculpa y quien
simpatiza con mi afán.**

(A los espectadores.)

**Vaya! he hecho mal ó he hecho bien?
Ustedes me lo dirán.**

FIN.



SANCHO DE VARGAS.

3

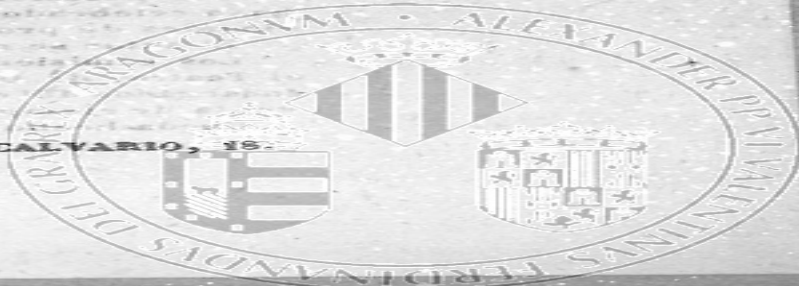
D. FRANCISCO CARBONELL MANCHADA
 D. FELIX ALVAREZ CATALINA
 D. JACINTO ARANÁZ DRAMA EN DOS ACTOS Y EN VERSO,
 D. JULIO FUENTES ALFREDO
 D. MANUEL GONZÁLEZ RAFAEL
 D. JOSÉ ALVAREZ MARTÍN
 D. RAMÓN VALLARINO BASTIÁN
 A. Alvaros y Alvaros

DON JACINTO ARANÁZ.

Representado por primera vez con extraordinario éxito en el Teatro de NOVEDADES el 29 de Abril de 1874, y demas noches subsiguientes.

Este drama es propiedad de D. Jacinto Aranzáez y no se permite su reproducción sin el consentimiento expreso del autor. Los derechos de esta obra pertenecen al Sr. D. Jacinto Aranzáez y no se permite su reproducción sin el consentimiento expreso del autor.

MADRID.
 IMPRENTA DE JOSÉ RODRIGUEZ.—CALVARIO, 15.
 1874.



PERSONAJES.**ACTORES.**

MARGARITA.....
 CATALINA.....
 DIEGO-PÉREZ.....
 ALFREDO.....
 RAMIRO.....
 MARTÍN.....
 BAUTISTA.....
 Aldeanos y aldeanas.

D.^a FRANCISCA CARBONELL.
 D.^a ELVIRA ALVERÁ.
 D. JACINTO ARANÁZ.
 D. JULIO FUENTES.
 D. MANUEL CORONADO.
 D. JOSÉ ALVERÁ.
 D. RAMON VALLARINO.

SÁBANA OTVIDAL MOD

La escena en Toral de Merayo, cerca de la Abadía de Car-
 racedo. Reinado de D. Alfonso VI de León.

Esta obra es propiedad de D. Alonso Gullon, y nadie podrá, sin su permiso, reimprimirla ni representarla en España, ni en sus posesiones de Ultramar, ni en los países con los cuales haya celebrados ó se celebren en adelante tratados internacionales de propiedad literaria.

El autor se reserva el derecho de traducción.

Los comisionados de la Galería Dramática y Lírica, titulada el Teatro, de DON ALONSO GULLON, son los exclusivamente encargados del cobro de los derechos de representación y de la venta de ejemplares.

Queda hecho el depósito que marca la ley.



AL SEÑOR DON BENIGNO LUIS.

Prueba de cariñoso afecto y respetuosa consideracion de

El Autor



AL SEÑOR DON BENIGNO LUIS

DE LA

Prueba de antonomasia de la



ACTO PRIMERO.

Campaña en Teral de Merayo en el Bierzo. En primer término, á la izquierda, la casa de Diego. Junto á la puerta principal, otra que conduce á las caballerizas. Derecha, primer término, choza. Tercero, la capilla ó ermita del Salvador. En tercer término, izquierda, un gran arco de medio punto.

ESCENA PRIMERA.

CATALINA, MARTIN, ALDEANOS y ALDEANAS, que bailan y cantan al compás de panderotas. Martin y Catalina sirven vino á sus compañeros.

UNO.

(Cantando.)

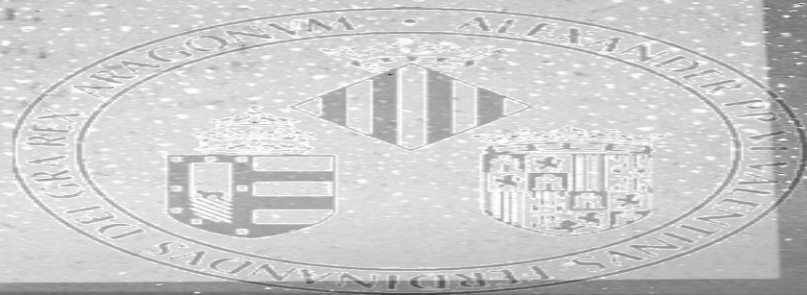
«Á una flor que en el valle
crece preciosa,
un árbol productivo
la presta sombra.
Para bien nuestro,
la flor es Margarita,
el árbol Diego.»

MARTIN.

¡Brave, bien! buena es la copla!
no puede decirse más.
Brindemos por Margarita!

Todos.

¡Sí, sí!



CAT.

Mas tambien brindad
por nuestro amo Diego-Perez,
que reparte su caudal
con todo aquel que no tiene
donde poder trabajar.
¡A su salud!

TODOS.

CAT.

MARTIN.

UNO.

MARTIN.

¡Viva! ¡Viva!
¡Dios le conserve su paz!
¡Hijos de Merayo, oidme!
Silencio, que á hablarnos vá:
Mañana será el gran dia
de fiesta tradicional
que la comarca celebra
en la ermita del lugar.

CAT.

MARTIN.

Bueno, ¿y qué?
Que el amo juzga
de suma necesidad,
que panderas y patillos
vayan del santo detrás,
cuando salgamos reunidos
en grupo procesional.
Tambien sabeis que se ha hecho
la ermita reedificar,
y que mañana esperamos
á un cura y un sacristan,
para que á nuestras mujeres
las eche un sermón cabal
sobre esto... y esto... y lo otro...
y sobre... ¡pues! sobre... las...
en fin, sobre... las mujeres...
¿Lo entendeis?

CAT.

TODOS.

MARTIN.

UNO.

¡Bien! ¡Bien!

¡Buena será!
Pues vaya otra copla,
y á su casa cada cual.
(Cantando.)

Á todos los del valle
Dios nos concede
la más grata fortuna
con Diego-Perez.
Por sus cuidados,
á ninguno nos falta

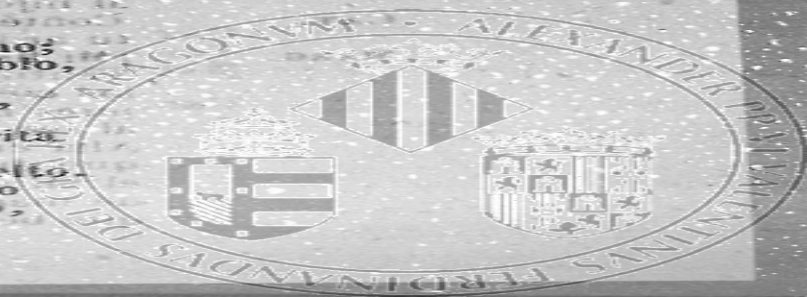


pan y trabajo.
(Vánse los Aldeanos por el foro derecha.)

ESCENA II.

MARTIN; CATALINA.

- MARTIN. Gran gozo siento al pensar
las bendiciones sin cuento
que la comarca tributa
á nuestro señor y dueño.
- CAT. El nombre de Diego-Pérez
se pronuncia con respeto,
y muchos le consideran
como enviado del cielo.
- MARTIN. Es verdad; mas... Catalina,
si he de decir lo que siento,
me preocupa una pena
desde aquel lance tremendo
en que obtuvo Margarita
fruto de su amor secreto.
Por fortuna Diego-Pérez
tuvo que ir por aquel tiempo
á Corullon y Bambibre
para contratar terrenos,
y cuando dió aquí la vuelta
ya estaba fuera de riesgo
Margarita.
- CAT. Si, y entónces
pudimos con gran misterio
procurarle una nodriza
para el niño.
- MARTIN. Fue bien hecho;
mas por si la enreda el diablo,
confieso que tengo miedo.
- CAT. Deja á un lado los temores,
que ya no tiene remedio.
- MARTIN. ¿Aún no ha vuelto Margarita
de la choza?
- CAT. Aún no la vuelto.
Sobre el puente del molino
quédate un rato en acecho,



MARTIN. y vuelve al punto á avisarme
si ves que regresa Diego.
Así lo haré. Ni el demonio
te gana á inventar enredos.
(Váse foro derecha.)

ESCENA III.

CATALINA, despues de una pausa.

Bien pudiera resultar,
y es muy posible á mi ver,
que Diego llegue á entender
lo que pasa en el lugar.
Y entónces... tiene razon
Martin, la saña de Diego
nos privará del sosiego,
en pago de una traicion.
Mas si el secreto guardé,
sin que Diego lo aperciba,
mientras Margarita viva,
si ella calla, callaré.

ESCENA IV.

CATALINA, MARGARITA, Centro derecha.

MARG. ¡He visto á mi Armando,
al bien de mi vida,
al hijo del aima!

CAT. Contén, Margarita,
tu ardiente entusiasmo.

MARG. ¡Mi fiel Catalina!
Venturas sin cuento
los cielos me envían,
pues hoy besar pude
al ser de mi dicha.
Allá en su cabaña,
que dulce acaricia
el Sil armonioso
de mágica cinta;
que besarla alegres



castaños y encinas,
que blandos romeros
perfumes la envían,
son todo venturas,
placer y alegrías.
Apenas del alba
la luz argentina,
bañaba los montes,
risueña y tranquila,
llegué a la cabaña
y el niño dormía.

Meciendo su cuna
se hallaba Felisa:
sentéme a su lado
mostrándola envidia,
y el pecho en latidos
saltarse quería.

Mis ojos, al verle,
raudales vertían
de llanto de amores,
presagio de dichas.

¡De dichas!... ¿Pretendes
que suerte benigna
podrá acompañarnos
si Diego averigua?...
Los suaves murmullos
que blanda la brisa
las flores del campo
gallardas agita,
son auras dichosas
que amores me envían,
y bellos fantasmas
mi afán las prodiga.

¿Qué dices?
Escucha.

Pues qué... Catalina!
Después que mil besos
dejé en las mejillas
del niño precioso
que alienta mi vida,
que viene hoy Alfredo!

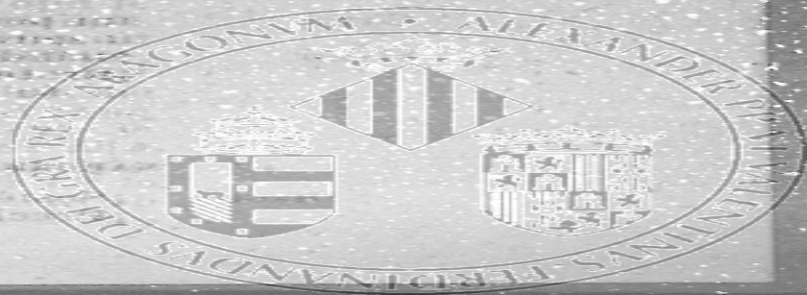
CAT.

MARG.

CAT.

MARG.

CAT.
MARG.



me dijo Felisa.
CAT. ¡Dios mío! Si Diego
 descubre...
MARG. **Mi dicha**
 no está tan lejana,
 cual tú te imaginas.
 Aquí, en esta carta, (Sacándola.)
 sus planes me explicas,
 y hoy mismo á mi padre
 pedirme confía.

ESCENA V.

MARGARITA, CATALINA, MARTIN, por el centro derecha.
MARTIN. Diego llega, y cazadores
 vienen con él.
MARG. Pues salid
CAT. Yo inventaré algún ardido
 por si Alfredo...
MARG. Vos temores
 aleja.
 (Váanse los dos: Martin por derecha y Catalina se-
 gunda puerta izquierda.)

ESCENA VI.

MARGARITA.
 ¡Señor, que ves
 mi pena y color insano;
 inspira á mi padre anhelado
 cuando me arrojé á sus pies.
 ¡Brote por fin la semilla
 de tu celeste bondad!

ESCENA VII.

MARGARITA, DIEGO, por el centro derecha.
DIEGO. ¡Sostén de mi ancianidad!
 ¡Preciosa flor de Castilla!



Azucena delicada
que celos das al pensil;
blanca paloma gentil
por milanos codiciada?
¿Qué tienes? ¿por qué suspiras?
¿Por qué cuando amante llego
te turbas y al pobre Diego
negros temores inspiras?
Habla yá.

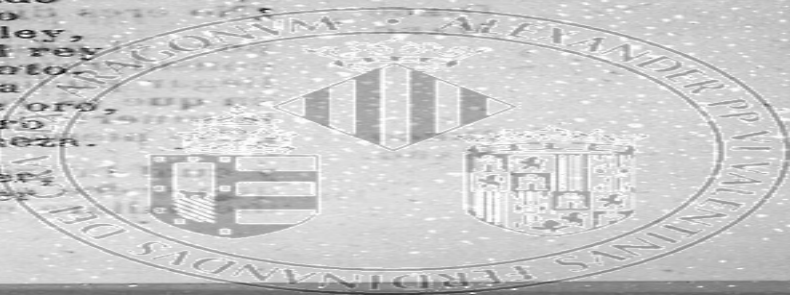
(Acercando dos sitials al proscenio y sentándose.)

MARG.

Será aprension...

DIEGO.

Yo nada siento á fe mia.
Pero se fué tu alegría,
y en verdad no hallo razon.
Tú, del valle la señora,
rico en mies, ganado y fruto;
tú, á quien se rinde tributo
y para quien se atesora;
tú, la sultana más fiel
de la comarca berciana,
y en fin, tú, la más gelana
flor que enamora al vergel,
¿qué puedes ambicionar?
¿qué anhelar podrá tu pecho
sin que sea satisfecho
de tu deseo á la par?
Si quieres rico brocado
en vez de lana vestir,
dile: si quieres hacer
diamantes, verás colmado
sin vacilar un momento
tu capricho que es mi ley,
pues desde el vasallo al rey
no cedo en mercedimiento.
Ni las riberas del Poesa
ni del Sil los grandes de oro,
pueden juntar un tesoro
que se iguale á mi riqueza.
Formule sólo el desco
lo que te plazca obtener,
y al punto lo podrás ver
á tus piés para trofeo.



Si quieres por maravilla,
joyas de precio alcanzar,
más que tú... no ha de ostentar
ninguna dama en Castilla.
Si quieres que cuanto véa
convierta en ricos palacios;
si quieres perlas, topacios,
y alfombras para tus piés;
si mis rústicas cabañas
ofenden tu gentileza;
si quieres con más grandeza
ser reina de las montañas,
habla, que aún puede mi mano,
colmar en todo tu anhelo:
habla, que eres tú el consuelo
de la vida de este anciano.

Dí una palabra no más
y al punto estarás servida:
si te hace falta mi vida,
pídemela... y la obtendrás...
¡Pues vivo sólo por ti,
en este mundo de dolo,
todo por tu bien lo inmolo,
nada quiero para mí!

MARG.
DIEGO.

Padre de mi corazón!
Hija del alma adorada!

MARG.

¿Por qué te miro angustiada?
Acaso tengais razón...
Siento una angustia... una pena...

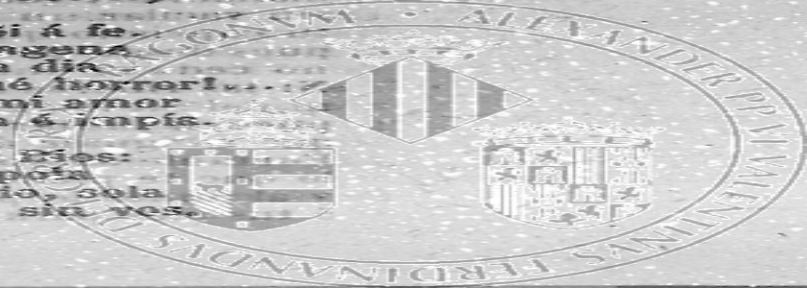
DIEGO.
MARG.

¡Cielos! ¿Cómo le diré?...
¿No eres dichosa?

Si á fe,
pero el pesar me enagena,
considerando que un día
llegar pudiera... ¡qué horror!
en que os robase á mi amor
la muerte inhumana é impía.

DIEGO.
MARG.

¿Eso piensas?
Si por Dios:
y cual la triste amapola
que crece en el prado, sola
me hallára entónces sin ves.



¿Qué importa un valle tener,
ni un lugar, ni yuntas ciento,
si no hallaría el contento
de ser querida y querer?
¡Pensad en eso, señor;
ved cual sería mi suerte,
y decid si hay pecho fuerte
que resista tal dolor!

DIEGO.

Puesto que comprendo bien
que anhelas cambiar de estado,
tu gusto será logrado:
yo lo deseo también.
Va pensaremos los dos,
ántes que tu pena crezca,
en buscar quien te merezca
para marido.

MARG.

(¡Gran Dios!)

Si ese es vuestro parecer...

DIEGO.

Si hay un zagal castellano
que aspire á alcanzar tu mano,
que la venga á pretender.

MARG.

¿Algún zagal? (Con gozo.)

DIEGO.

De riqueza
no tienes necesidad,
y puede tu vanidad
competir con la nobleza.

MARG.

Nunca en tal cosa pensé.

DIEGO.

No te lo perdonaría

MARG.

si no fuese así, hija mía.

DIEGO.

Mas... No preguntes por qué.

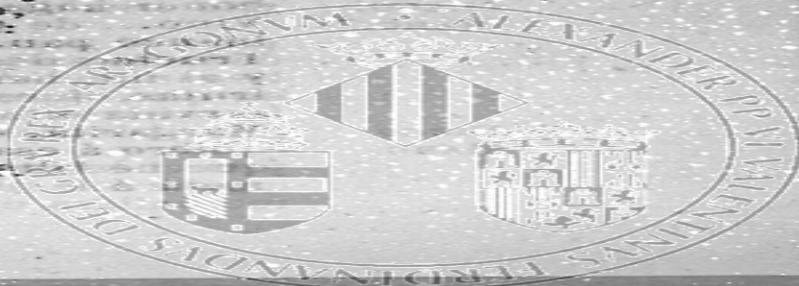
De la nobleza en el seno,
hay un veneno que mata:
trata, Margarita, trata
de evitar ese veneno.
Pero dejando razones
ajenas de este lugar,
preciso será arreglar
algunas habitaciones.

MARG.

¿Tenemos huéspedes?

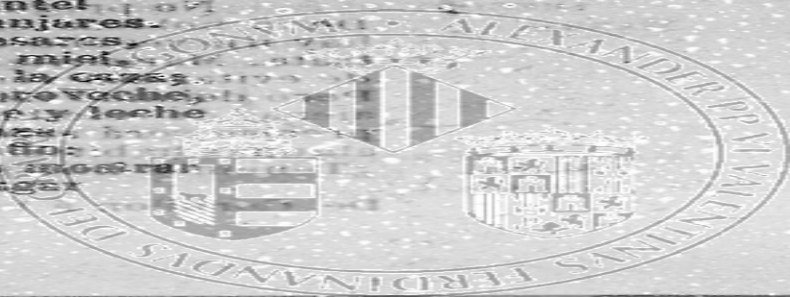
DIEGO.

De Corullon á la aurora



salí; y apenas una hora
anduve, llegóse á mi
un criado. —«De la corte,
dijome, —mis amos son,
y desean ocasion,
como conviene á su parte,
de visitar ese gayo
vergel que al Vierzo embellece,
y que segun me parece
llaman Toral de Merayo.»
Al punto y sin vacilar,
fui á unirme á los forasteros,
y en el lugar de Pieros
logramos con ellos dar.
Cortesés me suplicaron
el favor de una visita;
la concedí, Margarita,
y al valle me acompañaron.
Pero, ¿no habebia preguntado?...
¿Quiénes son y á qué venían?
Accedí á lo que pedían:
de otra cosa no he cuidado.
Á gentes de la ciudad
jamás niego el hospedaje;
núnca reparo en el traje,
ni en el nombre á calidad.
Tú, Martín y Catalina,
disoned lo que interesa;
blandas carnes, buena mesa,
y abundante la cecina.
De lino el limpio mantel
honor haga á los manjares.
Vino... de Quita-Pozares,
blanco pan... y rica miel,
Truchas despues de la caza,
y al fin, para que apto veche,
frutas, queso, arroz y leche
servida en dorada salsa.
Margarita, en tí confío:
quiero á esas gestas incógnitas
que no falta en el lugar
nada á fe.

MARG.
DIEGO.



MARG.
DIEGO.

Bien, padre mío.
Voy mientras á disponer
un paseo por la vega
en tanto que la hora llega
de cenar. Es menester
que lo vayáis preparando,
pues casi llegué á olvidar
que estaban en el lagar
mis huéspedes esperando.
Digna de un hombre cual vos,
hallarán vuestra morada
los forasteros, y nada
les faltará.

MARG.

DIEGO.

Bien: adiós. (Vase foro derecha.)

ESCENA VIII.

MARGARITA

MARG.

(Después de acompañar á su padre hasta el foro,
baja lentamente al proscenio.)
Valor bastante no tuve
para contar á mi padre
ese terrible secreto
que mi existencia combata.
La inesperada visita
de esos que consigo trae,
todo el que había en mi pecho
vino de pronto á quitarme.
Si Alfredo llega esta noche,
(Sale segunda puerta izquierda.)
¿Y el señor Diego?

CAT.

MARG.

Me place
que oportunamente llegues,
porque necesito hablarte.

ESCENA IX.

MARGARITA, CATALINA.

MARG.

Padre vino acompañado
de forasteros señores,
los que con licencia suya



pasarán aquí la noche.
Quiere que espléndida mesa
tu gusto les proporcione,
donde abunden los manjares
y en la que los vinos sobren:

CAT.

Corro de Martín en busca
para darle algunas órdenes.

MARG.

No; dispon lo más preciso,
que eso de mi cuenta corre.

CAT.

Por lo que de mí dependa
no hay cuidado, que si el monte
tiene abundante la caza...
mis despensas no están pobres.
(Váse segunda puerta izquierda.)

MARG.

Corazon... fuerza es que calles
hasta que pasé la noche,
y dá tregua á los latidos
que fieros su cárcel rompen.
(Váse primera puerta izquierda.)

ESCENA X.

ALFREDO y MARTÍN, centro derecha.

MARTÍN.

Llegad; há un instante aquí
la dejé, y estoy seguro
que la vereis; conque así...
hasta luego.

ALF.

Fío en ti
para vigilar.

MARTÍN.

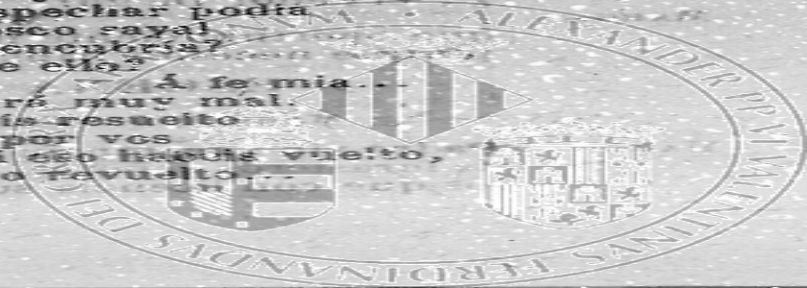
Lo juro.
Mas ¿quién sospechar podía
que bajo un toco cayal
tal nobleza se encubría?
¿Qué opinas de ella?

ALF.

MARTÍN.

¿A fe mía...
que esto acabará muy mal.
Pero pues venis resuelto
á que se sepa por vos
la historia, y á eso hacéis vuelto,
bien está; á rio revuelto...
Calla y vete.

ALF.



MARTIN.

Pués... ¡adios!
(Váse contra derecha.)

ESCENA XI.

ALFREDO, despues MARGARITA.

ALF.

Por fin hablarla podré.
Dejando á Diego un momento,
velóz como el pensamiento,
sin que me vieran, volé
á anticipar su contento:
porque si al mentir mi culpa
por un designio fatal,
no tuve razon ninguna,
hoy la daré una fortuna,
un nombre... Y será mi igual,
Pero... ella viene. ¡Bendita
la suerte, que sin llamar
hace que la pueda hablar!
Caballero... (Saludando.)
¡Margarita!

MARG.

ALF.

MARG.

¡Cielos! ¿Será una ilusion?
¿Es tuyo, Alfredo, ese traje?

ALF.

MARG.

Si!... (Bajando los ojos.)
¿Y aún pides hospedaje
en esta casa?

ALF.

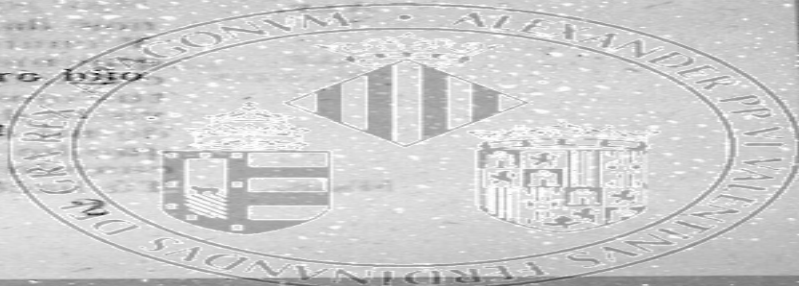
Es razon.
No soy lo que aparenté,
por más que mintié mi lábio;
pero en justo desagravio
á mi igual te elevaré.
Tú eres buena, y me darás
el perdón que de tí exijo.
Por nuestro amor, por nuestro bien,
te lo suplico además.
Vuelvo... para ser tu esposo.

MARG.

ALF.

MARG.

¡Cuán horrible es mi destino!
Soy del de Lemos cebrino;
señor de Villa-Alumbreso.
Por más que entero mi amor



te pertenece y mi vida,
miro mi dicha perdida
como huracanada flor.

ALF.

Si has creído infamatoria
mi acción, te juro que el mundo...

MARG.

Hay un misterio profundo
de mi buen padre en la historia.

Misterio de tal rareza,
que no lo acierto á explicar:
sólo sé que á su pesar
aborrece la nobleza.

Eso aumenta la aflicción
que tortura mi existencia.

ALF.

Margarita... hay Providencia!

MARG.

Es verdad... tienes razón:
pero el odio y el cariño

no se avinieron jamás,
y en pocos casos verás
la abarca junto al armiño.

Padre no ha de consentir
en tan desigual enlace.

ALF.

Si nuestra unión no le place,
¿Qué resta entonces?

MARG.

¡Morir!

ALF.

Mañana no será vana
con Diego mi conferencia,
y querrá la Providencia

que seas mía mañana.

Demostraré sin ficción
que á mi amor no existe freno.

MARG.

Él es bueno, más...

ALF.

Si es bueno

nos dará su bendición.

Y cuando logre obtener
que me escuche sin enojos,
cuando contemplan sus ojos

tus ojos de rosicler,
yo le daré pruebas tantas

de mi cariño acendrado,

que he de quedar perdonado
cuando me arroje á las plantas.

MARG.

Tú haces que en el alma mía

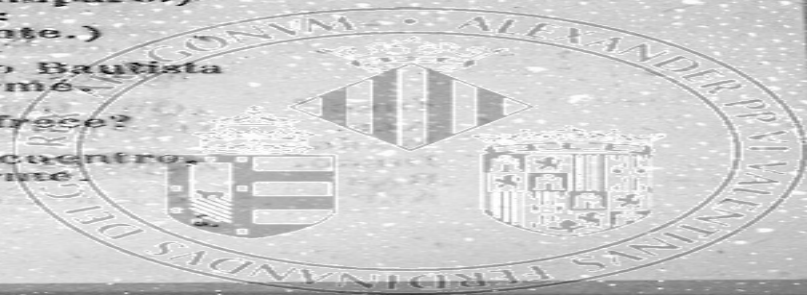


- ALF. renazca al fin la esperanza.
Todo en el mundo se alcanza,
y en mi prudencia confía.
Mas perdona si me alejo,
aunque á mi amor no le cuadra,
¿Dó vas?
- MARG. A unirme á tu padre,
pues de mis planes no cejo.
- MARG. De nuestra esperanza en pos
pediré á Dios que te inspire.
- ALF. Yo... que mis razones mire
y que las apoye. ¡Adios!
(Váse centro derecha.)

ESCENA XII

MARGARITA, á poco RAMIRO, foro derecha.

- MARG. Acaso permita el cielo
que tanto pesar se acabe,
si Alfredo prudente logra
que nos perdone mi padre.
Prefiero que él se lo diga,
pero no sé qué incasantes
recelos mi pecho esconde,
que me atormentan y abaten.
¡Ah! (Al ver á Ramiro.)
¡Qué miro!
- MARG. (El caballero!)
¿Aquí otra voz? ¡Dios me ampare!
(Del niño la madre es ésta;
no lo desmiente el semblante.)
(¿Qué haré?)
(Muy pronto Bautista
noticias de él vendrá á darme.
Lleguemos.)
- MARG. ¿Qué se os ofrece?
RAM. Por Alfredo preguntarte;
mas puesto que aquí te encuentro,
podrás de nuevo escucharme.
Tu belleza es un portento



(Colocacion de escena. Ramiro ocupará el proscenio derecha, y Martin el de la izquierda. Alfredo inmediato á Ramiro, y Margarita junto á Martin. Diego en el centro y Catalina junto á la puerta de su salida. Después de una pausa dice Diego.)

Diego.

Pues vamos. Los vinos y los manjares vuestra presencia apetecen, y pudieran enojarse si al placer con que os convidan ingratamente pagaseis.

RAM.
ALF.
DIEGO.
RAM.
MARG.
ALF.

Vamos... (Y estemos alerta!)
Guiad, señor.
(A Ramiro.) Vos delante.
(Sospechan de mí!)
(¿Qué ha dicho?) (Ap. los dos.)
(No hallé ocasion de explicarme.)
(Vánse segunda puerta izquierda.)

ESCENA XIV.

MARTIN, á poco BAPTISTA.

MARTIN.

Yo no sabré en qué consiste; pero me fundo y no en balde, si digo que esos señores vienen á enredar el valle. El tal don Ramiro tiene de condenado el empaque, y huele á primer ollato á azufre, á pez y á vinagre. ¡Digo! ¿y el torpe criado que ha venido acompañándole? No me inspiran confianza ni el caballero ni el paje. Pero... silencio: aquí llega ese embajador del hambre, que en vez de humana criatura de Judas tiene el talento. Sagacidad... y al avío.

BAUT.
MARTIN.
BAUT.

¡Buenas tardes! (Entrando lentamente foro derecho.)
¡Buenas tardes!
¿Tan solo... y reflexionado?



MARTIN. Justo; y de tí me acordaba.

BAUT. ¡Bravo, pardiez!...

MARTIN. Meditaba ...

sobre lo que estás tramando.

BAUT. ¿Cómo?

MARTIN. A don Ramiro el

decirte muy por lo bajo

palabras... que con trabajo

pude entender, y héta ahí

que habrás ido á la cabaña

para estadiar...

BAUT. ¡Sí, por Dios!...

Me alegra que seamos dos

modelos de astucia y maña.

¿Conque... escuchaste?...

MARTIN. ¿Pues no?...

Y adiviné vuestro intento.

Pero... con franqueza, siento

no ser tu cómplice yo.

(Veremos si éste se explica

y me descubre su plan.)

BAUT. ¡Por vida del padre Adán

que el interés se complica!...

Conque si yo te ofreciera

de don Ramiro en el nombre,

cinco doblas...

MARTIN. No te asombre;

haría... lo que quisiera.

BAUT. ¡Bravo, Martín! Pues mañana

al despuntar el albor,

obtendrás de mi señor

la suma, si la ventana

de la choza ha'lo de modo

que pueda por ella entrar,

y sin estorbos... robar...

Ya me entiendes.

MARTIN. Me acomodo!

(No será mala la presa

que allí hallarás, te lo juro.)

BAUT. En un lugar más seguro

poner al niño interesa.

Por ese medio sencillo



de gracias tan singulares,
 que há tiempo el fuego me abrasa
 del amor que me inspiraste.
MARG. Pensad, señor, que una humilde
 labradora, nunca vale
 la pena de que hasta ella
 un caballero se baje.
 Recordad que otras dos veces
 os lo he dicho yá, aunque en balde,
 y no hagais por vuestra vida,
 que de otra manera os hable.
RAM. Deja ese ceño, y me atiende
 como conviene á mi clase,
 pues puedo, á más de ternura,
 riquezas inmensas darte.
MARG. Señor, permitidme... (Retirándose.)
RAM. Quédate.

MARG. Yo no consiento... (Tomándole la mano.)
RAM. ¡Dejadme!

MARG. Ya que te muestras esquivado,
RAM. será preciso abrazarte.

MARG. ¡Martin! ¡Catalina!
RAM. ¡Calla!...
 desventurada... no llames!
 ¡Mia has de ser!

MARG. ¿Qué?
RAM. ¡Silencio!

MARG. ¡Viene gente!
 ¡Ahí padre! padre!...
 (Ramiro, que ha ido siguiendo á Margarita hasta
 al foro, se detiene al ver á Diego.)

ESCENA XIII

DIEGO, DIEGO, ALFREDO Y MARTIN.

DIEGO. ¿Qué tienes?
ALF. (Con ira.) ¡Ramiro!

MARG. ¿Qué es eso?
DIEGO. No hay que asustarse.
RAM. (Con forzada sonrisa.)



Alguna chanza sin duda
de mi amigo. Perdonadle,
pues no hay uno entre nosotros
que se atreva á propasarse.
¿No es verdad, Ramiro?

RAM. Es cierto.
DIEGO. De ello podré asesocrarme
refiriendo Margarita.

MARG. ¡Cielos!
DIEGO. ¿Te turbas?
ALF. (Ap. á Ramiro.) ¡Infame!

RAM. (Ap. á Alfredo.) Despues te diré...
DIEGO. ¡Contesta!
MARG. Acaso, señor y padre,

me habré inostrado harto injusta
sin funcamento asustándome.
ALF. (¡Tambien Margarita finge!)
DIEGO. Tu razon no satisface.

Hablad vos... y haced, Ramiro,
que la disculpa me agrade.
RAM. Aquí en busca de mi amigo
vine sin poder hallarle,

cuando esta linda zagala
DIEGO. ¡Es hija mia!
RAM. ¡No en balde!

DIEGO. Y el que se atreva á ofenderla
pida que el cielo le ampare!

RAM. ¿Me amenazais, Diego-Perez?
DIEGO. Pensad lo que bien os cuadre.
RAM. (Disimular será fuerza.)
MARG. (¡Corazon... fuerza es que calles!)

ALF. (Rápido, ap. á Ramiro.)
MARG. (En sitio más oportuno
me explicarás.)
RAM. (Id. á Alfredo.) No te canses.

Tú me quitaste una dama
y aquí pensé desquitarme.

ALF. (¡No es digno...)
CAT. (Sale seguida prerta zagalda.)
DIEGO. La mesa espera.

Podcis encrar si así os place.
M. RTIN. (¡Me alegro mucho!)



(Colocacion de escena. Ramiro ocupará el proscenio derecha, y Martin el de la izquierda. Alfredo inmediato á Ramiro, y Margarita junto á Martin. Diego en el centro y Catalina junto á la puerta de su salida. Despues de una pausa dice Diego.)

Diego.

Pues vamos.

Los vinos y los manjares
vuestra presencia apetecen,
y pudieran enojarse
si al placer con que os convidan
ingratamente pagaseis.

Ram.

Vamos... (Y estemos alerta!)

Alf.

Guiad, señor.

Diego.

(A Ramiro.) Vos delante.

Ram.

(Sospechan de mí!)

Marg.

(¿Qué ha dicho?) (Ap. los dos.)

Alf.

(No hallé ocasion de explicarme.)

(Váanse segunda puerta izquierda.)

ESCENA XIV.

MARTIN, á poco BAUTISTA.

Martin.

Yo no sabré en qué consiste;
pero me fundo y no en balde,
si digo que esos señores
vienen á enredar el valle.

El tal don Ramiro tiene
de condenado el empaque,
y huele á primer olfato
á azufre, á pez y á vinagre.
¡Digo! ¿y el torpe criado
que ha venido acompañándole?

No me inspiran confianza
ni el caballero ni el paje.
Pero... silencio: aquí llega
ese embajador del hambre,
que en vez de humana criatura
de Judas tiene el talante.
Sagacidad... y al avío.

Baut.

¡Buenas tardes! (Bajando lentamente foro derecho.)

Martin.

¡Buenas tardes!

Baut.

¿Tan solo... y reflexionando?



MARTIN. Justo; y de tí me acordaba.

BAUT. ¡Bravo, pardiez!...

MARTIN. Meditaba ...
sobre lo que estás tramando.

BAUT. ¿Cómo?

MARTIN. A don Ramiro oí
decirte muy por lo bajo
palabras... que con trabajo
pude entender, y héte ahí
que habrás ido á la cabaña
para estudiar...

BAUT. ¡Sí, por Dios!...

Me alegra que seamos dos
modelos de astucia y maña.

¿Conque... escuchaste?...

MARTIN. ¿Pues no?...

Y adiviné vuestro intento.

Pero... con franqueza, siento
no ser tu cómplice yo.

(Veremos si éste se explica
y me descubre su plan.)

BAUT. ¡Por vida del padre Adán
que el interés se complica!...

Conque si yo te ofreciera
de don Ramiro en el nombre,
cinco doblas...

MARTIN. No te asombre;

BAUT. haría... lo que quisiera.

¡Bravo, Martín! Pues mañana
al despuntar el albor,
obtendrás de mi señor
la suma, si la veniana
de la cheza hallo de modo
que pueda por ella entrar,
y sin estorbos... robar...
Ya me entiendes.

MARTIN. Me acomodo!

(No será mala la presa
que allí hallarás, te lo juro.)

BAUT. En un lugar más seguro
poner al niño interesa.

Per ese medio sencillo



un corazón abrirá
don Ramiro, que hoy está
cerrado á machamartillo.

Mi amo es tal, que cuanto anhela
satisface de contado.

MARTIN. Pues aquí... mucho cuidado...
que el que ménos corre... vuelal

BAUT. ¿Hay lobos?

MARTIN. De gran calibre;
que si hacen presa... desgarran
y hay voces que se acatarran
al verlos.

BAUT. ¡Jesús nos libre!

Pues si por azar entablo
lucha tenaz con alguno,

juro por Dios trino y uno
que irá á almorzar con el diablo

Es vieja costumbre en mí
habérmelas con las fieras.

He luchado con panteras
más bravas que las de aquí.

MARTIN. Yo sentiré que padezca
algun percance tu daga,

y lo que de noche se haga...
por la mañana aparezca.

BAUT. No hay miedo.

MARTIN. Pues... á vivir!

BAUT. ¿Cuanto contigo?

MARTIN. Y es llorar!

¿Quién no sirve á un certesano
que tanto paga?

BAUT. Es decir
que por tu parte...

MARTIN. Me toca
dejar la ventana abierta,

BAUT. Un poco, y estar alerta...

MARTIN. Como una estatua de roca
Ahora deja que el ganado
vaya á ver.

BAUT. Anda con Dios.

— Supongo que entre los dos
está el secreto...



MARTIN.

Callado.
No diré esta boca es mía.

BAUT.

(Quien no lo dirá eres tú.)
(Por vida de Belcebú
que el mozo es de gran valía!)
Vete, que yo cuidaré

MARTIN.

que lo demas se ejecute.
(Yo te arrimaré un buen tute.)

BAUT.

A las tres.

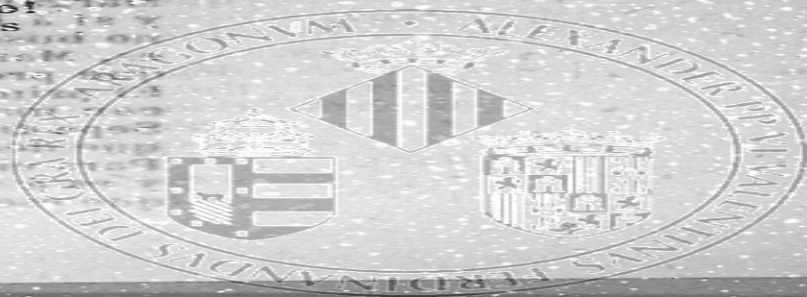
MARTIN.

No faltaré.
(Váse segunda puerta izquierda.)

ESCENA XV.

BAUTISTA.

¡Robarle el hijo á una madre!
Tiene muchísima gracia.
En los tiempos que alcanzamos
si un señor de gran prosapia
se propone un imposible,
el imposible se allana.
Con el oro de la corte
y un pláceme del monarca,
la virtud más diamantina
esos señores quebrantan.
¡Dichosos ellos! En tanto
el pobre piebeño escancia
muy poco el vino de Toro
para mojar la garganta.
¡Mal arreglado esté el mundo!
Dios se divierte á sus anchas
viendo que los unos gozan
mientras los otros trabajan!
En fin, veré si el criado
á ayudarnos se prepara,
y á observar se hace digno
de la punta de mi daga.
(Váse arco izquierda.)



ESCENA XVI.

CATALINA, segunda puerta, con ballesta y dardo.

¡Qué horrible fatalidad!
No perder tiempo es preciso.
Volemos á la cabaña
á ser custodia del niño.
Á las tres dice Martín
que penetrará el bandido
por la ventana, y que entónces
le dispare el dardo mio,
en tanto que él desde fuera
lo enclava en el propio quicio.
¡Valor, valor, Catalina!
Firmeza, aplomo y buen tino;
que si el ladrón no perece,
corremos grave peligro.
¡Señor... á ti me encomiendo,
y en tu proteccion confío!
(Váse centro segundo dirigiéndose á la capilla.)

ESCENA XVII.

ALFREDO. MARTÍN, con ballesta, segunda puerta izquierda.

MARTÍN. Es bueno que esto se acabe;
merecis mi aprobacion.

ALF. De esta determinacion
Margarita nada sabe:
y si á Ramiro, á ese vándalo
no busco en este momento,
es, Martín, porque presiento
que produciria escándalo.
El primer golpe paretaos
con maña y con precaucion.
Sepa Diego mi intencion,
que despues... ya uos veremos.
Para ello se necesita,
y es á mi juicio prudente,
que ese funesto incidente



desconozca Margarita.
Por eso aquí la cité
para mejor prepararla.
Es bueno desorientarla
para que tranquila esté.
MARTIN. Pues si me otorgais permiso,
iré á la cabaña. Creo,
sin que me engañe el deseo,
que es muy grave el compromiso.
No tardeis.

ALF. Un cuarto de hora.
MARTIN. ¿Seguro?
ALF. No faltaré.
MARTIN. Dios os guarde. (Vase centro derecha.)
ALF. El nos dé
su protección bienhechora.

ESCENA XVIII.

ALFREDO, MARGARITA, primera puerta izquierda.

MARG. ¡Alfredo!

ALF. ¡Luz de mi vida!

Alma del alma que aliento!

MARG. ¿Verás al niño?

ALF. El contento

no halla en mi pecho cabida.

Dei valle en la hermosa calma

un cielo juzgo encontrar,

pués gozaré al contemplar

aquella prenda del alma.

— Margarita: entre los des

se alza, sembrado de flores,

el fruto de mis amores

que protege el mismo Dios.

Quando el vendabal rugiente

las tristes plantas agita;

quando oigo desde la ermita

que se enfurece el torrente;

quando el luminoso rayo

dibuja con majestad

su potente claridad

MARG.



sobre Toral de Merayo;
 cuando el trueno aterrador
 sus detonaciones lanza;
 cuando la tormenta avanza
 y al valle infunde terror,
 preces dirigiendo al cielo
 corro á mi niño á abrazar
 y él consigue mitigar
 un tanto mi desconsuelo.
 Y cuando en mi pecho estrecho
 al trozo del alma mía,
 cuando en ardiente porfia
 late de amores mi pecho;
 cuando sus cabellos de oro
 dulces recuerdos me anuncian;
 cuando mis labios pronuncian,
 pensando en tí un «yo te adoro»,
 siento una felicidad
 y un placer tan inefable,
 que me parece admirable
 sublimé, la tempestad!

ALF.

(Ramiro aparece en el arco.)
 La noche cierra su broche,
 y es, Margarita, preciso
 evitar que de improvisa
 se nos sorprenda esta noche.
 (Que apenas el nuevo sol
 venga á alumbrar este valle,
 yo haré que te sea calle;
 lo juro á fe de español.
 ¡Oh rabia!

RAM.
ALF.

De nuestro rey
 la aprobación obtendremos,
 y en la corte viviremos
 al amparo de su ley.
 Inspírete Dios, Alfredo,
 en pró de nuestro cariño.
 Pronto tendrá un padre el niño.
 (Yo lo espiaré si puedo
 Vé junto á tu padre anciano
 mientras que á la choza llevo
 Margarita... yo te ruego

MARG.
ALF.
RAM.
ALF.



que te recojas temprano.
 Importa la precaucion
 por más que el valle es seguro.
 No temas; me guarda el muro
 de mi acendrada pasion!
 Adios, flor; la más galana
 de cuantas guarda el pensil.
 Adios; mancebo gentil
 Piensa en mí... y hasta mañana.
 (Váse centro derecha.)

MARG.

ALF.

MARG.

ALF.

ESCENA XIX.

MARGARITA, D. RAMIRO, Después DIEGO.

Margarita, que ha ido acompañando a Alfredo hasta el bastidor del centro, le despide con la mano. Después de mirar a la capilla, arrodillándose en el primer escalon de la grada.

D. Ramiro baja lentamente a la escena.
 ¡Suerte traidora y maldita,
 que me hiciste comprender
 de los celos el poder!
 conociendo a Margarita,
 Allí... en la capilla está,
 y es el momento propicio.
 (Baja lentamente hasta encontrarse con Margarita.)

RAM.

MARG.

¡Concede esta benediction
 Señor, á una madre!
 (Diciendo estos versos se levanta, dirigiéndose á la casa, repone en D. Ramiro, retrocede un paso y dice la exclamation.)

RAM.

MARG.

RAM.

MARG.

No temas; salí á encontrarte
 para repetir mi afan.
 Ya puede el torpe galán
 llevar su afan á otra parte.
 Piensa que sé tu secreto
 y que te puedes perder.
 Cede.
 Será menester
 tratarlas con más respeto;



pues si me veis pobre y sola,
y envuelta en tremendo cisma,
me basto y sobro á mí misma,
por fuerte y por española.
Y no creais que la daga
que al cinto llevais me asusta;
tengo un alma muy robusta
que en los peligros se embriaga.
Alma que al luchar con vos
es fijo que os vencería.
¡Venid, si no: os desafia
una mujer ante Dios!

DIEGO.

RAM.

MARG.

DIEGO.

RAM.

DIEGO.

RAM.

DIEGO.

RAM.

DIEGO.

RAM.

DIEGO.

MARG.

(¿Qué pasa aquí? Cielos! ella!)

¡No pienses que he de ceder!

¿Qué riesgos puede temer

quien contra todo atropella?

¿Me amarás?

¡No!

(¿Qué he escuchado!...)

(Ramiro habrá ido hasta muy cerca de la capilla para coger del brazo á Margarita, en tanto que Diego sale y se interpono entre los dos. Margarita queda aterrada al ver á su padre.)

¿Tu nombre deshonraré?

¡Pero antes te arrancaré (saca.)

el alma que Dios te ha dado!

Es muy propio de cobardes

tu insensato proceder!

Si honra acaso has menester,

ven á mí, no te retardes!

¡Indécil, que en tu furor

tratas de insultar á mi hija!

Ved que en la casa de Urguija

nunca ha faltado el valor.

¿Urguija?

¡Sí!

¿Horrible nombre

que mi existencia lastima?

¿Qué decís?

Que es ya segura

tu perdicion... no te asombre.

Padre... ¡perden... por piedad!



DIEGO. Retírate, Margarita,
que mi rencor necesita
quedar con más libertad.
MARG. ¡Padre!...
DIEGO. Silencio! (Cogiéndola.)
MARG. ¡Perdon!
DIEGO. Déjame... y el labio sella!
(La encierra en la casa.)
RAM. ¡Diego! (Amonazante.)
DIEGO. ¡Tu maldita estrella
me provoca en la ocasión.
Vas á escucharme.

ESCENA XX.

DIEGO, RAMIRO.

RAM. ¡Sabed
que la gente más sensata,
de otra manera me trata!
Otorgadme esta merced!
DIEGO. No hagais que la sangre salte
antes de haberme escuchado,
ni me tengais por menguado,
ni que paciencia me saltel...
Pues de mi casa tranquila
la honra pura mancillais...
RAM. Mirad que os equivocais...
porque la vuestra... vacila.
DIEGO. ¿Qué decís?
RAM. He dicho más;
no vacila, está en el suelo!
DIEGO. ¡Urquija!
RAM. A la prueba apele.
DIEGO. ¡Nuestro destino es fatal!
RAM. ¡Quien osa una vez audar
lo que mi honradez confirma,
su propia sentencia firma
muy próxima á ejecutar!...
DIEGO. Y vos, cuya suerte ingrata
os coloca en mi camino,
no echeis la culpa al destino



si vuestro destino os mata.
Que la honradez fué mi norte
dice del viento el murmullo:
que en ella cifré mi orgullo,
lo dice claro mi porte.
Que estoy sin mancha... y vos no
á probar voy por mi cuenta;
y que en mi casa hay afrenta
no habrá quien lo afirme!

RAM.
DIEGO.

¿Vos decís? ¡La prueba exijo!
Vuestro afán me precipita!

RAM.

Preguntadle á Margarita
dónde se esconde.

DIEGO.
RAM.
DIEGO.
RAM.

¿Quién? Su hijo!
¿Su hijo? ¡Mentís!!

DIEGO.

Por mi fe
que pronto podreis hallarle...
si os empeñais en buscarle.
¡Vive Dios!... Lo buscaré!
Mas... como vuestra maldad
bien clara se manifiesta,
de esa coluñia funesta
cobrarois la utilidad.
¡Decidme... que habeis mentido!
¡Probadme que la afirmáis!
¡Pronto, Ramiro, pues vais
á hacer que pierda el sentido!
Decid... Margarita...

RAM.
DIEGO.
RAM.

Es cierto!
Mi nombre... Manchado está

DIEGO.

Un hijo os oculta...
¡Ah!!!
Su tumba la habeis abierto!
¡Dejadme, dejadme aquí,
hasta que vaya á buscaros!
Ramiro... yo he de mataros
si no me matais á mi.
¡Salid!

RAM.

Si quereis mas pruebas...



interrogada su virtud.
(Vásc segunda puerta izquierda.)

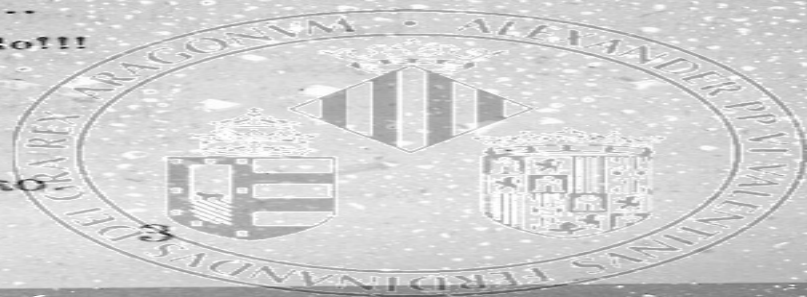
ESCENA XXI.

DIEGO.

¡Maldita mi senectud!...
¡Maldito el nombre que llevas!...
Si está mi dicha perdida,
¿cómo encontrarla podré?
Decid .. Señor... ¿para qué
me conservasteis la vida?
¡Padron de infamia son ya
las canas que me avergüenzan,
y ellas de nuevo comienzan
los frutos que el crimen da.
Sin duda Dios dejó escrito
para lanzarme al averno,
que en el umbral del infierno
fuese mi nombre maldito!
¡Sin honra yo!... ¿para qué?
¡Sin dichas!... ¿y en qué las fundo?
Pues no me ha matado el mundo,
yo mismo me mataré!...
¡Ella vendrá... vendrá aquí...
pedirá perdón de hinojos!...
Veré que hay llanto en sus ojos...
y ella... el furor que hay en mí!...
¡Margarita!... ¡Tengo miedo!...
¡Ella... sin boara y maldita!...
¡Margarita!... ¡Margarita!...
Yo te maldí... ¡Ah! ¡no puedo!!

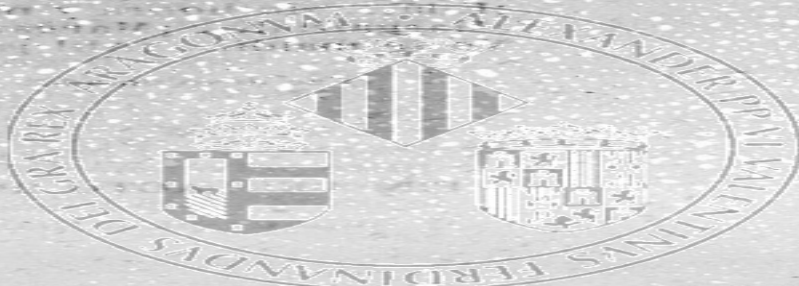
(Cae desplomado. Telón.)

FIN DEL ACTO PRIMERO



ESPERA XXI

1880



ACTO SEGUNDO.

Sala modesta al gusto de la época. Puertas laterales en primeros términos. Moviliario escaso, de poco gusto, y á derecha é izquierda del foro dos trofeos de armas y objetos de caza. En el de la derecha habrá una espada.

ESCENA PRIMERA.

MARTIN, por la puerta del foro.

Por fin se marchó Bautista
apenas rayó la aurora,
llevand. para el camino
una paliza no floja.
Ya se vé, me interesaba
vencer á la astuta zorra
y arrebatarle su presa;
mas... Diego llegó en persona,
y lijo en lenguaje mudo:
«dió fin la presente historia»
pues cogió el niño en sus brazos
y se marchó... y hasta ahora.
Después... el bravo Bautista
quiso volverme las tornas,
pero... fui listo. La daga
le quité en defensa propia;
y aunque pude haberle herido



y hacerle tragar la hoja,
no quise hacerlo: tan sólo
á guisa de ponzoñosa
serpiente, bajo mis plantas
lo tuve un cuarto de hora.
He demostrado á ese guapo,
que de tan bravo blasona,
que en Leon... no hay asesinos;
pero que el valor nos sobra.
Si nadie nos falta... bueno!
amigos... hasta la alcoba:
mas si alguno nos insulta
ó escarnece nuestra honra,
mostramos que al ser valientes...
nunca lo somos de boca.

ESCENA II.

MARTIN, CATALINA, segunda puerta izquierda.

CAT. Martin, ¿y Diego?
MARTIN. No sé:
há un hora que no lo he visto.
CAT. Dime la verdad.
MARTIN. ¡Por Cristo!
¿dudas de mi buena fe?
CAT. Que dude no es cosa extraña
del que sabiendo luchar,
se ha dejado arrebatarse
el niño de la cabaña:
del que sabiendo correr
por el monte y por el llano,
dá ocasion á que un antiguo
le consiga sorprender.
Y ea fin, del que ya que ha sido
torpe y cobarde á la par,
no procura averiguar
donde está el niño escondido.
MARTIN. ¿Pretendes que á Diego yo
le opusiera resistencia,
ó le armára otra pendencia
cuchillo en mano?



CAT.

Eso no;
pero al ver su faz airada
debiste aplacar su enojo.

MARTIN.

Es claro; y saltarle un ojo,
ó romperle una quijada,
¡Cuando digo que eres tú
la causa de cuanto pasa!

CAT.

MARTIN.

¿Yo?
Si hubieras puesto tasa
á ese amor de Belcebú,
no habría llegado el caso
de armar semejante enredo,
ni Margarita ni Alfredo
hubieran dado un mal paso.

CAT.

MARTIN.

CAT.

MARTIN.

Pero... ¿yo la culpa tengo?
Tú, que alentaste su amor!
Y tambien tú.

Por favor,
cállate, pues te prevengo
que es mejor no recordarlo.
Si dancé ó no en ese lío,
y el delito es tuyo ó mío,
yo me lo sé y me lo callo.
Pues haces mal.

CAT.

MARTIN.

CAT.

MARTIN.

No á mi ver.
¿Qué hablar podrás que me asombre?
Que soy un hombre... muy hombre,
y tú muy débil mujer.
Que harto ya de sacumbir
á tus caprichos sin cuento,
es fácil que hoy traiga el viento...

CAT.

MARTIN.

CAT.

MARTIN.

CAT.

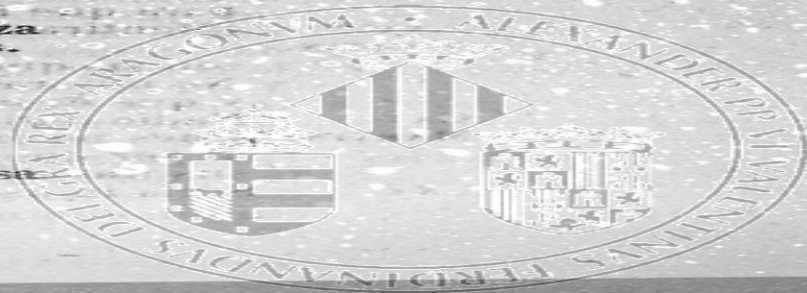
MARTIN.

CAT.

MARTIN.

lo que no quiero decir.
¡Cígal! Y en son de amenaza
parece que hablando estás.
Si tanto apurando vas...
se acabará mi cachaza.
Sería cosa graciosa
verte enfadado una vez.
¡Por vida del lobo-pezl
¡Vote ya!

Si es que te acosa
la sed de mortificar



á quien nunca te ha faltado,
vete al pilon del ganado
y la podrás apagar.
MARTIN. No basta que me hayas hecho
ciego instrumento del mal;
es fuerza que hasta el final
me estés torturando el pecho.
Bien, sigue en tu empeño loco,
despáchate á tu placer;
no te detengas, mujer,
ni te acobardes tampoco;
que está muy puesto en razon
que el que faltó á su conciencia,
sufra como penitencia
la pena del Talion.
¿Qué temes pues?

CAT.

MARTIN.

Que la hiel
me ahogue que me atraganta:
tiró el diablo de la manta
y se descubrió el pastel.

¿Si no era para otra cosa
lance de tal magnitud?
Hoy tiene la juventud
más espinas que una rosa.

CAT.

Ya que remedio no tiene,
déjate de discurrir.

MARTIN.

Al freir será el reir!...

CAT.

Yo juzgo que nos conviene...

MARTIN.

Callar y evitar sus iras:
huir toda explicacion,
que es muy mala esta ocasion
para que inventes mentiras.
¿Mentiras?

CAT.

MARTIN.

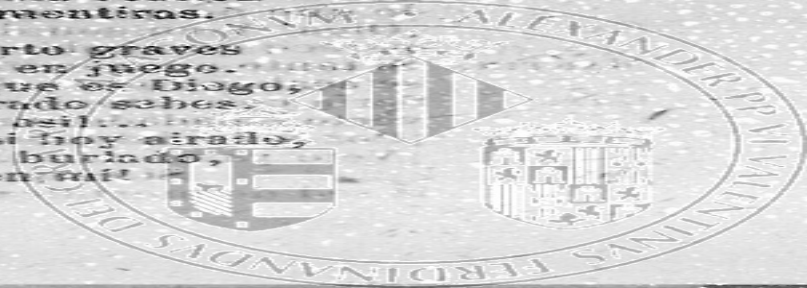
Si, y harto graves
son las que pusiste en juego.
No ignoras tú lo que es Diago,
y que es muy honrado sebes.
Nadie duda que es así!...

CAT.

MARTIN.

Pues ne extrañas si hoy airado,
al ver que se le ha burlado,
sus iras descarga en mí?
Sería injusto!

CAT.



MARTIN.
CAT.
MARTIN.

No tall!...

Yo lo afirmo!

Y yo lo niego:
que á las bondades de Diego
correspondimos muy mal.
Diez años há, uno por uno
que gobernamos su casa,
sin que aquí nos ponga tasa
de Diego abajo, ninguno.

Diez que soy el guarda fiel
de su hacienda y su ganado:
diez... que no tomo el arado,
y diez que vivo con él.

Pues de humilde labrador,
entre otros cien confundido,
los cinco que han precedido
á los diez de su favor,
forman los quince cabales
que como su honrado pan,
mientras... ¡voto á un huracan!
ayude á aumentar sus males.

CAT.

Ya basta de reflexiones,
que cuanto me dices sé:
busca á Diego, ó por mi fo
que á graves riesgos te expones.
Haz que te oiga aunque de quiera;
grítale más si él te grita,

y dile que Margarita
por última vez le espera.
Dí que no puede vivir
sin el paternal cariño,
y pide besar al niño
antes que pueda morir. (Vase.)

MARTIN.

Si el Job de que habla la victoria
viviese y no viere así,
á Dios pediría por mí
su mejor sitio en la gloria.
Cuando mi bilis se irrita
deshago coniquier alrededor
mas... ees mi mujer, no puedo.
¡Eh! Ya sabe Margarita.



ESCENA III

MARTIN, MARGARITA, primera puerta izquierda.

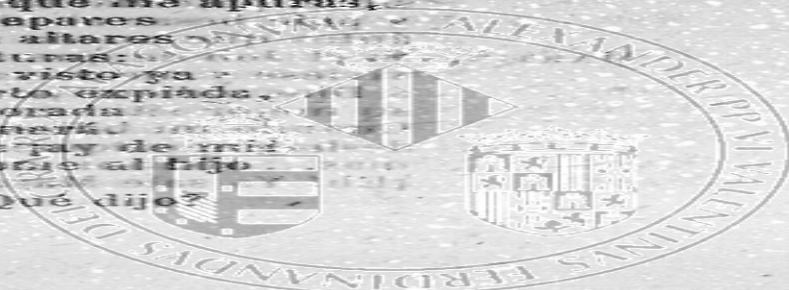
MARTIN. ¿Te sientes mejor?

MARG. Muy poco.

Martin, mi angustia es mortal.
De mi conducta fatal
tristes consecuencias toco.¿Quién me dijera ¡ay de mí!
que el zagal de Carracedo
sería más tarde Alfredo?
¡Qué nécia, qué nécia fui!MARTIN. Diego es bueno y generoso
y al fin te perdonará.MARG. Mas nunca devolverá
nuestro perdido raposo.MARTIN. Pero... por Dios, uno y trineo
deja las cosas correr!Diego no puede torcer
la marcha de su destino.Si un momento te saltó
de maldecir la maníadesmenguado la hidaigüia
que en su pecho floreció;no temas que sus rencores
rompan los paternos brazosal fin te abrirá los brazos
bendiciendo tus amores.Y ese amor... ya que me apuras
fuerza será que reparesque de los santos altares
se subirá á las alturas;y Dios que nabrá visto ya
vuestra culpa haré expiada.desde su santa morada
también se perdonará.MARG. Tú no escuchaste ¡ay de mí!
lo que mostrándome al hijo

MARTIN. dijo mi padre?

¿Qué dijo?



MARG.

«Hija impura... huye de aquí, huye ó teme mi furor! Pálida entonces, é inerte, sentí el sudor de la muerte; me estremecí de terror. Llanto amargo derramé pidiendo perdón postrada. ¿Y al fin conseguiste.

MARTIN.

MARG.

MARTIN.

MARG.

¡Nada! Pero... ¿y el niño? No sé, no sé lo que allí pasó ni averiguarlo, confío. Tuve frío... mucho frío mi razón se perturbó. Sé que mi angustia de madre rompiendo su dique, estaba que cuanto más yo lloraba, más se irritaba mi padre; que al contemplar mi pasión más grande que su fiereza, lanzó sobre mi cabeza dos veces su maldición!

MARTIN.

Pues hija, vuelve á mis trece, y aunque parezca pesado, digo que lo que ha pasado no es tanto como parece. En prueba de esta verdad, muy pronto verás á Diego devolviéndote el socio y haciendo tu voluntad.

MARG.

MARTIN.

MARG.

MARTIN.

Martin, tu intencion es buena, pero la intencion no basta. El tiempo todo lo gasta, y se gastará tu pena. Lo que sabes no sé. Ni te hace falta ninguna. Si hoy no cambia tu fortuna el valle amotinaré.

MARG.

MARTIN.

¿Qué dices? Que ahora me voy de casa en casa á armar cisco.



¡Por vida de San Francisco,
que Diego sabrá quién soy!
¡Pues no nos faltaba más!

MARG.
MARTIN.

¿Y si se enoja mi padre?
Que haga lo que bien le cuadre,
pero tú te casarás.
Te casarás... yo lo fio,
por más que su pecho estalle.
No ha de haler uno en el valle
que desoiga el ruego mio.
Mi objeto conseguire,
y en comitiva vendremos.

MARG.
MARTIN.

Deja tus locos extremos.
¿Dejarlos? No hay para qué.
¿Quieres que presa en la valla
te deje siendo tan bella?

MARG.
MARTIN.

¡Que me parta una centella
si hoy mismo mi plan no estalla!

MARG.
MARTIN.

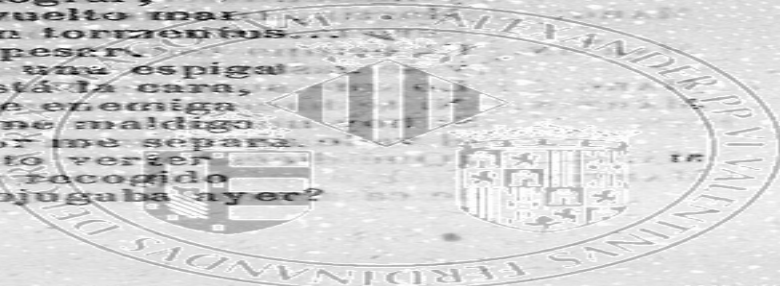
Piensa, Martín...
Ya no puedo
ceder en esta ocasión.
Pero...

¡Si soy de Leon!!
¡Margarita... fuera el miedo! (vase.)

ESCENA IV.

MARGARITA.

¡Pobre Martín!... Sus intentos
no conseguira lograr,
que en este revuelto mar
sólo me esperan tormentos.
tan sólo me espero pesar.
De mi flaqueza una espiga
punzándome está la cara,
y hace la suerte enemiga
que mi padre me maldiga
cuando su amor me separa.
¿Para qué llanto verter
si no ha de ser recogido
por quien lo enjugaba ayer?



Pues si nadie lo ha de ver,
mejor estará escondido.
Mas si cuitada me ajijo,
no es que me falta el valor:
ya sé que mi mal es fijo...
pero... que encuentre á mi hijo:
¡haz que lo encuentre... Señor!

ESCENA V.

MARGARITA, RAMIRO, foro izquierda.

RAM.

La veo al fin: ¡qué bella! ¡cuán hermosa
con su dolor la suerte me la ofrece!
Rayo es de luz brillante en que parece
loca de amar la ciega mariposa!
Temo llegar; pero mi afán me dice
que he de vencer en la batalla ruda.
¿A qué venís aquí?

MARG.

RAM.

¡Mi amor me escuda:
Vengo otra vez á que tu voz me hechice.
Si Diego me ha intimidado á que me quede
para obtener explicación cumplida,
de tí la espero yo; si, por mi vida,
pues todo en tu favor tornarse puede.
Frases de amor... de celestial contento
quiero escuchar de tus pargúreos labios.

MARG.

Satis de aquí, señor, que esos agravios
se pueden castigar, y hazerlo intento.
Nunca pensé que un noble caballero
de tumbre altivo y que blason ostenta,
fuera capaz de nivelar su afronta
á la del vil y torpe landolero.
¿Y vos seis noble?... ¡Vos!... Si la nobleza
se alcanza con bazañas y bravura,
romped vuestro blason. De sangre impura
tan sólo es digna vuestra vil proeza.

RAM.

Con los denuestos que iracunda lanzas
sólo consigues aumentar mi anhelo.
Tú cederás... ¡Oh! sí: que en raudo vuelo
llegan á mí las dulces esperanzas.
¡Linda zagala, que cruzando el valle



vas á escuchar la amante cantilena
de otro noble cual yo: con faz serena
lograr podrás que mi furor no estalle!
Si quieres oro, pídelo á porfía,
que oro tendrás, y joyas y tocados.
¿Quieres pajes tener? Deja tus prados
y vente á la ciudad para ser mía.
¡Nunca sentí latir dentro del pecho
mi corazón cual hoy!

MARG.

RAM.

MARG.

¡Ni yo tampoco!
¡De tus miradas la piedad invoco!
¡Piedad... y tengo el corazón deshecho!

¡Hiena feroz, cuyo rugir salvaje
al monte aterrará si le falta un hijo,
poseñe de hoy más! El cielo nos maldijo,
y probareis la hiel de mi coraje.

De tanto estigma, horrendas las señales
dejais impresas en mi frente local!

Muy pronto os buscaré, que á mí me toca
hacer que sean para vos fatales!

Ya no hay amor, ni dichas, ni esperanza
en este pecho que al dolor inundo;

vos lo llenásteis de baldon y dolor,
y hoy arde en él la tea de venganza.

RAM.

¿Qué podrás contra mí?

(Alfredo aparece por el foro derecha.)

MARG.

¡Por mal que os cuadre,
¡pronto vereis la suerte que os espera.

RAM.

¡Piénsalo bien, por Dios!

MARG.

¡Vana quimera!

¡Atrás, malvado, atrás!... ¡Pase á la madre!
(Vase primera puerta izquierda.)

ESCENA VI.

RAMIRO, ALFREDO.

RAM.

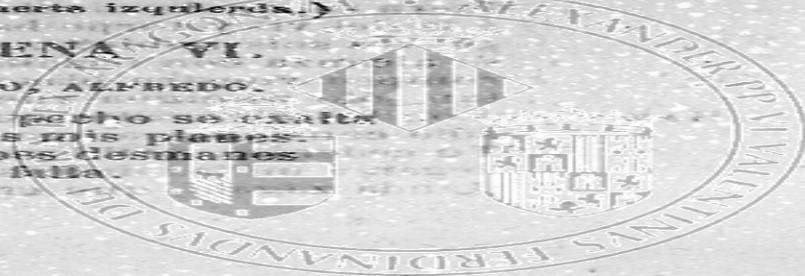
¡Oh!... que mi pecho se exalta
al ver frustrados mis planes.

ALF.

Pero á tus torpes desmanes
castigo debido falta.

RAM.

¿Qué dices?



ALF.

Sí por mi fe.
De más habrás comprendido
que explicaciones te pido.

RAM.

Tú me dirás para qué.

ALF.

¡Ramiro!

RAM.

No me amedrantas
de tus palabras el tono.

ALF.

¿Qué has dicho?

RAM.

Que no perdono
nunca una agresión violenta.

ALF.

Pues bien; escucha, Ramiro,
y juzga lo que te aguarda
si en satisfacerme tarda
tu acento como yo aspiro.—

Dos veces te sorprendí
dando á Margarita enojos,
y lo que vieron mis ojos
han visto otra vez aquí.

Olas de amoroso ardor
que en alas del viento llegan,
por Margarita me entregan
suspiros de tierno amor.

Y si algún ser en la tierra
esa su vida ofendor,
yo le declaró á ese ser
en todas partes la guerra.

¡Pues juro por Betcebé,
que al vil que hiciera al mango,
le arrancaría la lengua...
aunque ese vil fueses tú!

Explica sin vacilar
la causa de lo ocurrido.
Eres Alfredo, atrevido.

RAM.

¡Oh!... yo te sañré obligar.

ALF.

¿Cómo?

RAM.

¡Cruzando tu cara...

ALF.

con la punta de mi acero.

RAM.

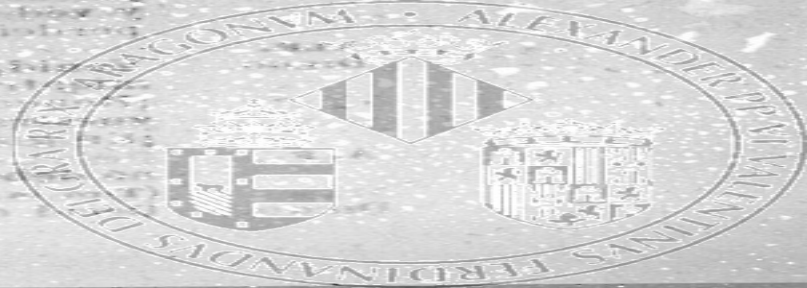
¡Alfredo!

ALF.

¡Mald caballero!

RAM.

En lo que dices reparar,
Piensa que nunca sufrió
oprobio tal mi hidalguía.



y que me sobra energía para evitármelo, yo.

(Diego aparece en el foro, y al ver cruzar las espadas, saca la saya del trofeo de caza y se pone en lucha ofensiva con los dos.)

ALF.

¡En guardia! ¡Vas á morir, si así el oprobio se venga!

(Alfredo desenvaina y sacude un espaldarazo á Ramiro, que se pone instantáneamente en defensa.)

RAM.

¡Dios de su mano me tenga!

ESCENA VII.

DICHOS, DIEGO-PÉREZ.

DIEGO.

¡Conmigo vais á reñir, miserables!

ALF.

¡Diego! (Retirándose de la guardia.)

RAM.

¡Osado!

DIEGO.

¡Para los dos tengo aliento!

¡Reñid! (Ataca á Ramiro.)

RAM.

¡Terrible momento!

DIEGO.

Ramiro, estais desarmado.

(Ponieno el pie sobre la espada de Ramiro.)

Vuestra cuenta es muy antigua

y laégo la pagareis.

Presente quiero que esteis

mientras mi honor se atestigüa.

(Levantando del suelo la espada.)

Ahora nos toca á los dos. (Á Alfredo.)

¡Cruzad conmigo la espada,

y ved que en esta jugada

perdeis la vida!

ALF.

¡Gran Dios!

DIEGO.

Venid, que el alma se estrecha mientras que á mis piés no esteis.

¡Rencres... pronto vereis

vuestra injuria satisfecha!

¡En guardia!

ALF.

Diego, no puedo,

no debo con vos reñir.

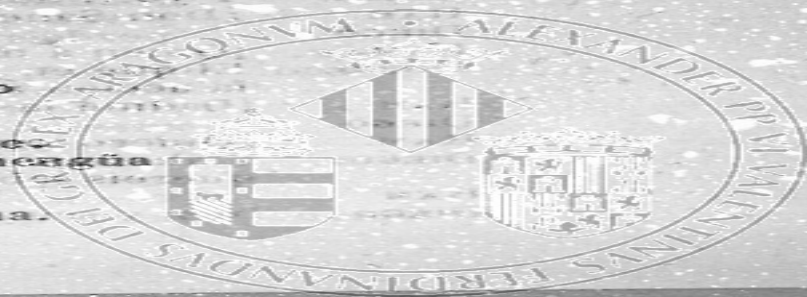
(Tira la espada.)

DIEGO.

Decid que temeis morir.



- ALF.** ¿Yo?
- DIEGO.** Decid que teneis miedo!
- ALF.** ¡Oh!
- DIEGO.** No hagais que se retarde la venganza apetecida!
No querais guardar la vida como la guarda un cobardel!
¡Reñid!
- ALF.** Calmad vuestro enojo, y oidme sólo un momento: si no os convence mi acento, haced despues vuestro antojo.
- RAM.** Mucho, Alfredo, por quien soy, al menosprecio te expones.
- DIEGO.** Ahorremos las digresiones... y hablad, qué impaciente estoy.
- ALF.** ¿Qué agravios quereis, señor, vengar, mi sangre vertiendo?
- RAM.** Querrá sin duda.
- DIEGO.** Pretendo reparacion de mi honor. Y como mi honor se care sólo matando ó muriendo, no espero hallar un remiando que oculte mi desventura. Una hija que adoré llora terrible un engaño. Yo soy quien há mas de un año eterno amor la juré. Se lo juré... y por mi vida que si consertir quereis, mañans mismo tendreis reparacion bien cumplida. ¡Dadme su manel!
- DIEGO.** No puedo otorgares tal favor.
- ALF.** Decidme por qué, señor.
- DIEGO.** Porque ya no os la concedo.
- RAM.** Por Cristo, que es harta mengua sufrir tanta humillacion!
- DIEGO.** Tengo sobrada razon, y os puedo cortar la lengua.



RAM. ¡Dejad los fieros aquí,
 DIEGO. pues no os hallais en la corte,
 RAM. y hablad cosa que os importe
 DIEGO. ó no respondiendo de mí.
 RAM. ¡Ya me canso, vive Dios,
 DIEGO. de veros tan torpe y ciego!
 RAM. Mirad que soy noble, Diego!
 DIEGO. Tanto peor para vos!
 RAM. ¿Qué decis?
 DIEGO. ¡Que hoy en Merayo
 murmuran brisas impuras,
 cruzando por las alturas
 con la rapidez del rayo!
 Que con profundo respeto
 os di en mi casa hospedaje,
 y á más de hacerme un ultraje,
 me arrebatáis un secreto.
 Mas ya que tanto apurais
 la frente de mi paciencia,
 temblad por vuestra existencia
 puesto que á escucharlo vais.
 RAM. ¿Y que nos podrá importar
 DIEGO. de ese secreto la historia?
 RAM. Conocer la ejecutoria
 DIEGO. que habeis venido á manchar
 (Deja las espadas sobre una mesa.)
 RAM. De vuestras horas amargas
 DIEGO. será relación prolija.
 RAM. ¡Soy don Ramiro de Urquija,
 DIEGO. Y yo... don Sancho de Vargas!
 RAM. ¿Don Sancho vos?
 DIEGO. ¿Qué os altera?
 RAM. ¡Quien á mi padre mató!
 DIEGO. El que en Urquija vengó
 la acción más baja y oscura.
 RAM. ¡Dadme la espada!
 DIEGO. ¡Aguardad!
 RAM. ¡Quiere vengar su memoria!
 DIEGO. Y ahora... Ramiro... ¿esa historia
 queréis saberla?
 RAM. ¡Acabad!
 DIEGO. Diez y seis años hará



que yo en la corte vivía,
gozando una gerarquía,
que alcanzan pocos quizá.
Mi favor con el monarca
fué adquirido sin doblez,
y era estimado á la vez
de la leonesa comarca.
Urquija, que á la sazón
era de Alfonso privado,
ponía en grave cuidado
á los nobles de Leon.
Como la suerte enemiga
suele mostrarse severa,
quiso que al privado urdiera
la corte pérfida intriga;
pero con éxito tal,
que á poco de haberla urdido,
Urquija había perdido
toda la privanza real.
Seguid.

RAM.
DIEGO.

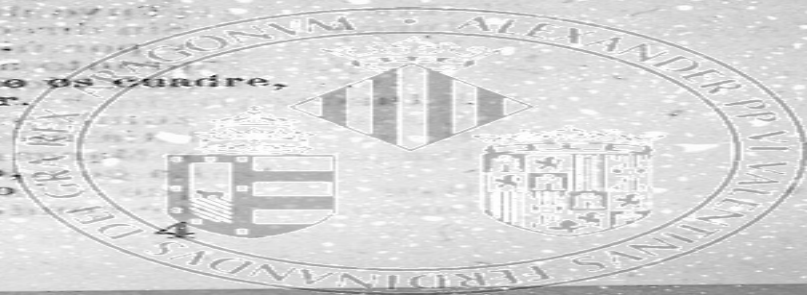
La fiera cuchilla
de la despótica ley
hízome aceptar del rey
mensajes para Castilla.
Y en tanto que á Burgos fui
donde el deber me llamaba,
el favorito... tramaba
otra intriga contra mí.

ALF.
DIEGO.

¿Cómo?
Creyéndome autor
de su reciente desgracia,
tuvo la cobarde audacia
de ir á mancillar mi honor.
¿Qué decís?

RAM.
DIEGO.

Que aunque no os cuadre,
de mí lo habeis de escuchar.
Una noche... fué á asaltar
mi morada vuestro padre;
y hallando allí una mujer,
que dormitaba en su lecho,
lo atroz de su vil despecho
puñieron las sombras ver.



RAM.
DIEGO.

¡Ah!

¡Fué acción muy cobarde!

Los gritos mal apagados
 pudieron ser escuchados,
 pero... lo fueron ya tarde!

Cuando la venganza inmensa
 de Urquija se completó,
 doña Jimena... se halló
 sobre el lecho moribunda
 Margarita, que ocupaba
 la habitación más vecina,
 por su edad *harto pristina*
 no supo lo que pasaba.
 Y Urquija de aquel recinto
 salió vencedor y ufano!

¡Vuestro padre fué un villano
 de horrible y feroz instinto!

(Pequeña pausa)

¡Cuando regresé á Leon,
 hallé de casa la puerta
 cerrada... Jimena muerta...
 y entitudo mi blason!

Un pergamino sellado
 que me entregaron, dispuso
 y repetidas excois
 lo que ya hezo contado.

En tan horrible tormento,
 busqué á Urquija... le maté,
 y de Leon me alejé
 con Margarita al momento.

¡Tave miedo de mí mismo!
 Sin direcccion caminamos,
 y por último... llegamos
 pronto al borde de un abismo!

¡Oh Dios!

ALF.
DIEGO.

La noche cerrabas,
 zumbaba el fiero equitano,
 latía mi corazón
 y Margarita lloraba.
 La completa oscuridad
 que encapotó el firmamento
 me condejo en un momento

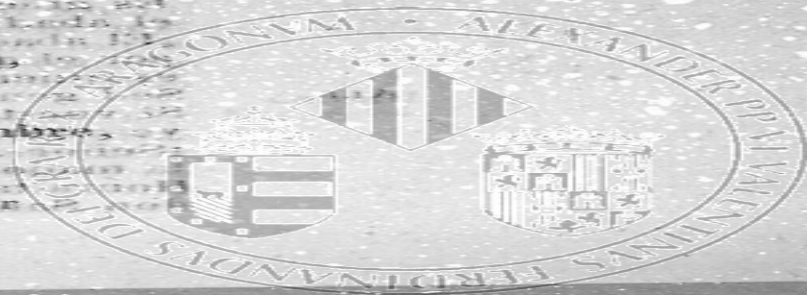


cerca de la eternidad.
 Pero al trepar con vigor
 por la escarpada colina,
 se oyó el toque de bocina
 de algún perdido pastor.
 Fatigado con exceso,
 recé, vacilé un segundo,
 y al ir á dejar el mundo,
 dar quise á la niña un beso.
 Rayos y lenguas de fuego
 doquiera se dibujaban,
 que lo insensato anunciaban
 de mi desenfreno ciego;
 y al siniestro resplandor
 de una centella, mis ojos
 vieron á mi hija de hinojos,
 presa de infantil terror.
 ¡Entonces... me estremecí...
 tomé la niña en mis brazos,
 y dándola mis abrazos
 hacía este valle corrí. (Con precipitación.)
 Nada más decir os puedo
 sino que el día al nacer
 mis cuitas llegó á saber
 el abad de Carracedo,
 pues si del crimen en pos
 dormida el alma vagaba,
 el santo abad me mostraba
 la omnipotencia de Dios.
 ¿Confíaste al abad
 vuestro terrible secreto?
 Sí, que merece el respeto
 de toda la cristiandad.
 Buen ministro, hombre leal,
 me aconsejó que viviera,
 diciendo que estableciera
 mi residencia en Tocal.
 Su consejo, aunque os asombró,
 penetró en el alma mía,
 y tomé desde aquel día
 disfraz y supuesto nombre.
 Pues él, don Sancho, mejor

ALF.

DIEGO.

ALF.



que puede hacerlo mi acento, afirma desde el convento que protege nuestro amor. Soy su deudo más cercano, yo soy aquí en su nombre me envía y os espera en la abadía para estrechar vuestra mano. ¿Quién demostrarme podría la aprobación del mitrado?

DIEGO.

ALF.

Un pergamino sellado que me entregó os lo dirá. Tomadlo, señor, y ved que que tenéis de nuestra esperanza. ¡Haced que obre la razón y recobrad vuestra calma!

DIEGO.

¡Ay!... qué al fin respira el alma y se ensancha el corazón! (Desdoblando el pergamino y leyéndolo.) «Si el necador en el suelo también Jimena os invita á perdonar desde el cielo. Dos almas piden á Dios unirse ante el ara santa y un peligro se levanta entre esas almas y vos. Por hijo aceptad á Alfredo uniéndolo á Margarita. Es gracia que solicita el abad de Carracedo.»

ALF.

¡El abad... cierto... el abad por el que don Sancho vive es quien la carta suscribió! Sed generoso, abad. Si vuestra conciencia grita y yo os vuelvo el honor perdido. ¡Señor... de hijos os pido la mano de Margarita! Honra tal por mí amada, don Sancho, no me negueis.



DIEGO. Muy bien... su esposo seréis.
Y vos... recobrad la espada.

(A Ramiro, dándosela.)
Satisfaced el enceno
que aquí guardé tantos años.

¡En guardad! Vuestros amanos.

¡Oh rabia!

¡Jamás!

Un noble cual vos,
de la nobleza más pura,
no ha de bajar de su altura;

que estais entre el mundo y Dios.

Harto castigo es en él
ser noble de mala raza:

nosotros tenemos traza
de nobles de raza fiel.

¡Perdonadle!

(Con desprecio.)
Es de razon...
pues mi acero se manchára
si vuestra sangre tocára.

(Arrojando la espada.)
Podéis partir.

(¡Maldición!)
Pero al Vierzo no volvais,
donde gran prestigio ejerzo,
porque si volveis al Vierzo
del Vierzo... vivo no es vais.

Que aquí el honor se conserva
como su cáliz la flor,
y dónde crece el honor
se arranca la mala yerba.

Partiré. (Mas si algun dia
me apresta Dios la venganza,
veréis hasta dónde alcanza
la ley de la fuerza mía.)

(Váse por el foro derecha.)
por la primera parte de la izquierda.)

Busquemos, Alfredo, el modo
de hallar término á mi cuita.

Le hallaremos.

(Llamándola.) ¡Margarita!

RAM.

ALF.

DIEGO.

ALF.

DIEGO.

RAM.

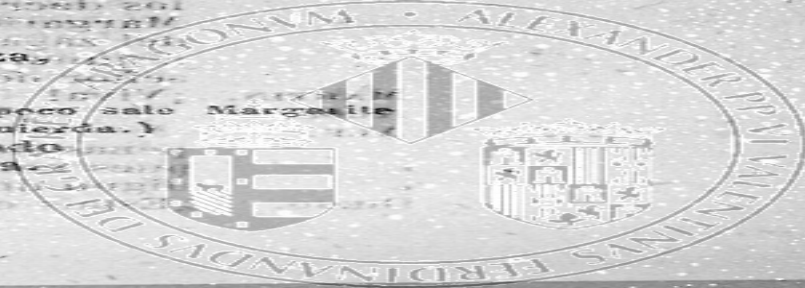
DIEGO.

RAM.

DIEGO.

ALF.

DIEGO.



ESCENA VIII.

DIEGO—PÉREZ, ALFREDO, MARGARITA.

MARG.
DIEGO.Padre... lo he escuchado todo.
Bien: calma tu ansioso afán,
y cese de hoy más el llanto.
Si á vuestro amor falta un manto,
mis brazos os lo darán.MARG.
DIEGO.
MARG.¿Y Armando? Vive, señor!
Mi dicha es ya positiva.MARTIN.
ALDS.(Dentro.) ¡Viva Margarita!
(Id.) ¡Viva!

ESCENA IX.

DICHOS, MARTIN, con dallesta, ALDEANOS.

MARTIN
DIEGO.
MARTIN.¡Entrad y afuera el temor!
¿Qué quereis?... ¡pronto, acabad!
Señor, el valle reunido
pide de vos ser oído,
en pago de su lealtad.

DIEGO.

Margarita... Merayanos:
siempre respetar fué ley,
desde el vasallo hasta el rey,
los decretos soberanos.
Margarita es ya la esposa
del zagal de Carracedo,
á quien llamareis Alfredo,
señor de Villa-Ambroca.MARTIN.
ALDS.
ALF.¡Viva!
¡Viva!
Las amargas
penas del alma quitais,
pues con eso me juzgais,
digo de Sarcho de Vargas.

DIEGO.

¿Estais contentos? (A los aldeanos.)



MARTIN.
DIEGO.

Sí, á fé!
Pues bien: Ramiro se ausenta.
Condúcele por mi cuenta
hasta que en el monte esté.
Vamos; y si don Ramiro
se empeña en oler romero,
es fácil que muy ligero
tome el asunto otro giro.
Si vuelve... yo os aseguro
que ha de costarle muy caro,
pues sin chistar... le disparo
un dardo de acero puro.
¡Andando!
(Váse con los aldeanos, foro derecha.)

ESCENA ÚLTIMA.

DIEGO, MARGARITA, ALFREDO.

MARG.

Vuestra bondad,

DIEGO.

señor, merecer sabremos.
Hoy á Carracedo iremos
á que os bendiga el abas;
y á fin de que el mundo no halie
cosa en mí que no le importe,
mientras vivís en la Corte
quiero quedarme en el valie.

ALF.

Pensadlo, que acaso el rey,
cuando de vos nuevas tenga,
un alto puesto os prevenga
para administrar la ley.

DIEGO.

Nunca volveré á pisar
la régia cámara altiva,
que á su recuerdo se aviva
la antorcha de mi pesar.
Mas...

MARG.

DIEGO.

No pienses que la ausencia
rompa los paternos lazos.

ALF.

MARG.

DIEGO.

MARG.

¡Gracias! (Estrechándole la mano.)
¡Señor!... ¡Á mis brazos!
¡Bendigo á la Providencia!



DIEGO.

Diréisle al rey de Leon,
al mostrarle mi tesoro, (Por Margarita.)
que le ofrezco contra el moro
mi espada y mi corazon.
Pero que no siendo así,
juzgo inútil todo empeño,
pues ya no hay nada halagüeño
en la corte para mí.
¡Decidle que antiguas cargas
no convienen á mi edad!
¡diréisle á su majestad,
que es viejo SANCHO DE VARGAS!

FIN DEL DRAMA.



4

LA PRIMERA LÁGRIMA,

DRAMA EN UN ACTO Y EN VERSO,

ORIGINAL DE

DON EDUARDO JACKSON CORTÉS.

presentado por primera vez con extraordinario éxito en el Teatro

ESLAVA la noche del 19 de Abril de 1874.

MADRID.

IMPRENTA DE JOSÉ RODRIGUEZ.—CALVARIO, 15.

1876.

